

NEW LEFT REVIEW 146

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2024

ARTÍCULOS

RICHARD BECK La política exterior de Biden 7

ENTREVISTA

SAHRA WAGENKNECHT La situación de Alemania 37

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON Innovadores de alto y bajo perfil 59

PIERRE VESPERINI ¿Qué hacer con el pasado? 113

CRÍTICA

OLIVER EAGLETON El capitalismo de *stakeholders*,
otra vez 135

LOLA SEATON Buenos errores 146

JOY NEUMEYER Historias de Moscú 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
td traficantes de sueños



RICHARD BECK

LA POLÍTICA EXTERIOR DE BIDEN

EL NUEVO LIBRO del periodista de *Politico* Alexander Ward, *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, es un documento que puede resultar de interés para los historiadores futuros, que durante las décadas sucesivas estudien el momento presente. Su vigorosa exposición de los dos primeros años de la política exterior de Biden describe las contribuciones a esta del consejero de Seguridad Nacional Jake Sullivan y del secretario de Estado Antony Blinken, dos de las figuras más poderosas del actual gobierno estadounidense. El libro explica cómo ambos digirieron la derrota cosechada por Hillary Clinton en 2016 ante Donald Trump y cómo utilizaron los cuatro años siguientes, apartados del poder, para desarrollar una política exterior capaz de resistir los ataques del populismo de derecha con el fin de aislar la realización de un esfuerzo a largo plazo para fortalecer la posición global de Estados Unidos contra la turbulencia de la política doméstica estadounidense¹.

¹ Ward, de acuerdo con lo indicado en su perfil de LinkedIn, asistió a la American University de Washington DC durante el primer mandato de Obama antes de comenzar su periodo de formación en prácticas en el Departamento de Estado (en su Office of Regional Security and Arms Transfers), en el Council on Foreign Relations y en el Atlantic Council. Una vez completado este recorrido por el aparato institucional convencional de la política exterior estadounidense, pasó varios años escribiendo artículos moderadamente belicistas para Vox Media. Al parecer, en 2021 siguió a su editor para integrarse en *Politico*, cuya cabecera estaba a punto de ser adquirida por el conglomerado mediático alemán Axel Springer SE, empresa que cuenta entre sus principios fundamentales el apoyo al sionismo, a la economía de libre mercado y a los valores de Estados Unidos. La edición estadounidense de *Politico* está dirigido por Demócratas de la línea dura, que no ven nada objetable en ello. De acuerdo con la evidencia que se desprende del contenido de *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, Ward es una figura típica de esta constelación.

En opinión de Ward, los Demócratas empezaron a formular este programa en el National Security Action, un *think tank* e «incubadora» fundada por Sullivan y el redactor de discursos de Obama Ben Rhodes en 2018. Durante la campaña electoral de 2020 y tras convertirse en presidente de Estados Unidos al año siguiente e incorporar a su gobierno a innumerables personas que habían pasado por NatSecAction, Biden condensó la política exterior estadounidense en dos eslóganes. Uno de ellos era «una política exterior para la clase media», eslogan que transmitía la idea de que Biden solo perseguiría objetivos que él pudiera describir de modo plausible como materialmente beneficiosos para los estadounidenses de a pie, propósito que se convirtió en el argumento clave de sus esfuerzos por vender a la ciudadanía en general la retirada de Afganistán efectuada en 2021: ¿por qué seguir gastando dinero en una guerra imposible de ganar, cuando en lugar de ello estos recursos podrían gastarse domésticamente en infraestructuras o en industrias ambientalmente sostenibles? ². El segundo eslogan afirmaba que «el mayor desafío del mundo era el de las autocracias frente a las democracias», movimiento con el cual se pretendía situar a Trump y a sus partidarios como parte de un eje autoritario global que también incluía a Putin, Xi y Kim Jong-Un³. No se podía defender y revitalizar la democracia en casa, y el 6 de enero de 2021 había dejado claro que tal defensa era necesaria, sin encarar a los líderes que trabajan para erosionarla en el exterior.

La cosmovisión del Partido Demócrata

En el estudio de Ward, el esfuerzo efectuado para reparar las relaciones con Europa tras los cuatro años de caos provocados por Trump estuvo motivado prácticamente en su totalidad por la opinión de Biden de que Estados Unidos no podía permitirse el lujo de enfrentarse a Rusia como una superpotencia solitaria. Tenía que hacerlo como líder de un sistema mundial, de un «orden internacional basado en reglas», por utilizar el eufemismo preferido de nuestro momento histórico para decir «imperio». Si la intervención estadounidense en los Balcanes había certificado la utilidad de la OTAN en un mundo que ya no se definía por los conflictos entre las grandes potencias, una respuesta colectiva a la agresión de Putin confirmaría que la OTAN seguía siendo útil en un mundo en el que esos conflictos volvían a ser una realidad. «Si Putin consiguiera borrar a

² Alexander Ward, *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, Nueva York, 2024, p. 32.

³ *Ibid.*, p. 23.

Ucrania del mapa», escribe Ward, «el mundo que Estados Unidos ayudó a construir se desmoronaría bajo la mirada de este gobierno»⁴. O, como dijo un general cuando Biden se preparaba para pronunciar un discurso en Varsovia tras la invasión: «Tenemos que preservar el orden, que ha traído la paz y la estabilidad al mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Si Putin gana, el orden repentinamente se evaporará, lo cual creará las condiciones para la próxima gran guerra»⁵.

El gobierno de Biden consideraba que China representaba un desafío aún mayor. Su documento *National Security Strategy* de octubre de 2022 no dejaba lugar a dudas de que la competencia con Pekín era ahora el principio organizador de la política exterior de Estados Unidos. «La República Popular China –afirma– alberga la intención y, cada vez más, dispone de la capacidad de remodelar el orden internacional en favor de un orden que incline el campo de juego mundial en su beneficio». Los próximos diez años, advierte, serán la «década decisiva», frase que se repite cinco veces a largo del documento. Evitar que China supere a Estados Unidos como la economía más fuerte del mundo y se establezca como potencia hegemónica regional en Asia Oriental «exigirá de nuestro país en la región del Indo-Pacífico más de lo que se nos ha exigido desde la Segunda Guerra Mundial», afirmación que no deja de llamar la atención, dados los recursos invertidos por la potencia estadounidense en sus conflictos en Corea y Vietnam⁶. Aunque las interacciones del gobierno de Biden con China no han implicado un ruido de sables tan estrepitoso como las protagonizadas por Trump, es evidente igualmente que el conflicto militar está sobre la mesa en caso de que la competencia económica no vaya bien para Estados Unidos.

Los jefes de Estado están obligados a afirmar que el periodo en el que asumen su cargo es crucial para el futuro de su país y los estadounidenses que vivieron más de una década de histeria tras el 11 de septiembre, que pasaron años escuchando que Al Qaeda y el ISIS no solo tenían el deseo, sino la capacidad de poner de rodillas a Estados Unidos, pueden mostrarse comprensiblemente recelosos ante tal retórica. No obstante, la conceptualización de Biden de lo que está en juego para la hegemonía estadounidense es probablemente razonable. Putin puede ser un paranoico, pero no es un «loco», y no habría invadido Ucrania, si no hubiera

⁴ *Ibid.*, p. 203.

⁵ *Ibid.*, p. 278.

⁶ «*National Security Strategy*», The White House, octubre de 2022, pp. 3, 2, 38.

llegado a la conclusión de que Estados Unidos y por ende el sistema de alianzas que sirve de fundamento a su poder transoceánico era más débil de lo que lo ha sido en cualquier otro momento durante los últimos treinta años. Y en China Estados Unidos se enfrenta a un rival creíble por el estatus de superpotencia por primera vez en cuarenta años. Estos desafíos a la supremacía estadounidense han llegado en un momento en el que la capacidad de Estados Unidos para mantener a raya tanto a sus aliados como a sus enemigos ha disminuido notablemente. Como se lamentaba un funcionario a Ward poco antes de la invasión de Putin: «Lo estamos haciendo todo bien y los rusos probablemente invadirán Ucrania de todos modos». Ward le preguntó si ello «significaba algo de mayores dimensiones, esto es, que Estados Unidos, incluso cuando todo iba bien, ya no podía detener las grandes crisis mundiales». El funcionario respondió: «Pues sí, eso forma parte de la frustración»⁷.

El interés real del libro de Ward radica, sin embargo, en que comparte la cosmovisión del Partido Demócrata, sus fantasías y sus puntos ciegos, constituyendo una manifestación de la ideología que intenta describir. Ward parece poseído por las estrellas protagonistas de la política exterior del gobierno estadounidense, particularmente por la versión de Sullivan, a quien describe como un individuo leal a Clinton poseedor esencialmente de un talento que se da una vez en cada generación». Sullivan, el consejero de Seguridad Nacional más joven desde McBundy, fue nominado en su instituto de Minnesota, donde sus profesores «lisonjaban su capacidad para producir tareas escritas impecablemente», como «el más apto para triunfar». Se graduó *summa cum laude* en Yale, se fue a Oxford con una beca Rhode para luego volver a Yale y graduarse en derecho. Miembro del gabinete de la campaña senatorial de Amy Klobuchar, impresionó a sus colegas demostrando una «extraordinaria capacidad» para recordar letras de Billy Joel⁸. Cuando alguien alega que recordar las letras de determinadas canciones pop no es simplemente impresionante, sino realmente extraordinario, dando a entender que tal capacidad constituye un mérito para servir como consejero de Seguridad Nacional, ello es prueba de que nos encontramos en el mundo ideológico del Partido Demócrata. De las contribuciones intelectuales de Sullivan al pensamiento global de Estados Unidos, Ward no cuenta gran cosa, pero llega a alabarle por no haber revelado nunca «cuál fue verdaderamente su

⁷ A. Ward, *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, cit., p. 246.

⁸ *Ibid.*, pp. 5, 6.

opinión sobre la guerra de Afganistán»⁹. Ward presenta a Sullivan más como un publicitario, con ideas sobre cómo los Demócratas podrían vender mejor su viejo plan de política exterior (supremacía estadounidense para siempre, porque ello es lo correcto) a votantes, cuyas preferencias de consumo han evolucionado. Si leemos entre líneas, sospechamos que la evidente falta de ambición intelectual de Sullivan tiene algo que ver con su éxito profesional. Ser un niño prodigio a los ojos de Hillary Clinton y Joe Biden es probablemente cuestión de decir a tus mayores que ellos siempre lo han hecho todo bien.

La historia general que Ward cuenta es naturalmente una historia de decencia, de reveses, de perseverancia y de triunfo final. Los futuros capitanes de la política exterior para el periodo de gobierno de Trump a «la intemperie» [*in the wilderness*], como Ward titula la primera sección de su libro. Estos asumen el poder con una gran visión para restaurar el liderazgo global de Estados Unidos, pero primero deben sacar al país del pantano de Afganistán, resultando de ello que la retirada se convierte en algo mucho más caótico de lo anticipado por cualquiera de los implicados en la misma (esto constituye un revés). Determinado a ser recordado por algo más que por Afganistán, sin embargo, el «equipo A» de la política exterior se desentiende de tal tarea y se afana en la convocatoria del mundo libre en torno a la defensa de Ucrania, convenciendo finalmente a la escéptica Europa de que Putin está a punto de materializar las amenazas proferidas durante años. Este *show* de fuerza diplomática no basta para disuadir a Putin de invadir el país, pero el ejército ruso queda empantanado en las zonas rurales y no logra tomar Kiev, quedando reducido el triunfo anticipado por el autócrata a un humillante punto muerto. Aunque el destino de Ucrania sigue pendiendo de un hilo, Estados Unidos ha vuelto a ocupar su puesto de mando en la mesa. El libro de Ward concluye con un cuasi panegírico de la política exterior de Biden. «Estados Unidos está listo para la renovación», afirma la última frase del libro. «El mundo estaba ahí para ser rehecho. Contamos con al menos dos años más para efectuar tal tarea»¹⁰.

Todo esto suena un tanto psicodélico desde la perspectiva de 2024, particularmente la frase «El mundo estaba ahí para ser rehecho», que constituye una fantasía más difícil de sostener cada año que pasa. Pero aunque *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy*

⁹ *Ibid.*, p. 59.

¹⁰ *Ibid.*, p. 300.

after Trump ha sido publicado en febrero de 2024, parece haber sido escrito, editado, preparado para su impresión y acabado de componer el 6 de octubre de 2023. El 7 de octubre Hamas y otros grupos de la resistencia palestina hicieron saltar por los aires diversas fantasías presentes en el corazón de la política exterior de Biden. Una de ellas era la idea de que Estados Unidos podía desentenderse de Oriente Próximo sin ceder en cierta medida el control sobre la dinámica de poder de la región. Otra de estas fantasías es la que postula que Estados Unidos sigue siendo el único protagonista real de los asuntos internacionales, que el resto del mundo se sentaría pacientemente y esperaría a «ser rehecho» en vez de intentar hacer algo por sus propios medios. La tercera fantasía afirmaba que la política exterior estadounidense podía ser revitalizada y así asegurado un nuevo siglo de hegemonía estadounidense y ello simplemente conjurando nuevos medios de publicitar la vieja política exterior. El resultado es que Biden posiblemente abandonará su cargo bien en 2025, bien en 2029 o en algún momento entre estas dos fechas, habiendo intensificado las crisis de la hegemonía estadounidense que ha intentado resolver.

Imperio de crecimiento lento

Las raíces de la crisis imperial estadounidense son a fecha de hoy bien conocidas: lento crecimiento económico global desde la década de 1970 como resultado de una persistente sobrecapacidad en el sector industrial, lo cual provoca en consecuencia tasas de desempleo y subempleo estructural al alza, intensificación de la desigualdad económica y creciente inestabilidad política entre las poblaciones excedentes en aumento en todo el mundo. Incapaz de resolver el problema de la sobrecapacidad industrial desencadenando una nueva ola de crecimiento global, Estados Unidos ha intentado en varias ocasiones provocar un mejor comportamiento económico mediante otros medios, especialmente recurriendo a la inflación derivada del precio de los activos¹¹. De la burbuja de las empresas tecnológicas de la década de 1990 al crecimiento hipertrofiado de la vivienda y el sector inmobiliario de la década de 2000, pasando por la decisión tomada por la Reserva Federal de mantener los tipos de interés tan bajos como fuera posible entre 2008 y 2022, ninguna de

¹¹ Robert Brenner, «What is Good for Goldman Sachs is Good for America», UCLA, 18 de abril de 2009. Texto original disponible en escholarship.org; ed. cast.: «Los orígenes de la crisis actual. Lo que es bueno para Goldman Sachs es bueno para Estados Unidos», «Prólogo a la edición española», en *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2008.

estas versiones de la inflación del precio de los activos ha producido otra cosa que soluciones temporales, algunas de las cuales han culminado en crisis destructivas inherentes a su propio funcionamiento. Sin embargo, Estados Unidos no puede abandonar este tipo de inflación completamente, como demuestra la actual hiperdependencia de los mercados bursátiles de un reducido número de gigantes tecnológicos. Cada vez que una nueva empresa anuncia que finalmente ha liberado el potencial del *blockchain*, de las criptomonedas, de los ordenadores ponibles o, más recientemente, de la inteligencia artificial, los inversores y los responsables de las políticas públicas se muestran más que dispuestos a concederles toda la atención y no es difícil comprender por qué. Para los inversores saturados de capital excedente, cada uno de estos anuncios significa otro regalo de lucrativa actividad especulativa, mientras que para los responsables políticos cada innovación en ciernes anuncia la posibilidad seductora de crecimiento. Si tan solo una de las invenciones de Silicon Valley alcanzara realmente ese potencial, Estados Unidos se hallaría en condiciones de apuntar a una nueva era de dominación ininterrumpida.

Entretanto, sin embargo, Washington ha estado planeando su ajuste a un mundo en el que el crecimiento continúa siendo lento a pesar de todos los esfuerzos efectuados por sus empresarios tecnológicos, a un mundo en el que Estados Unidos deberá recurrir a un uso más generalizado de la coerción para permanecer en el vértice de la pirámide. En estos planes y ajustes es donde podemos discernir una concepción más realista con el fin de asegurar el mantenimiento de las prerrogativas imperiales. La guerra contra el terrorismo lanzada como consecuencia del 11-S ha sido el más importante de estos ajustes realizados hasta la fecha. Al situar el conflicto con el islamismo en términos globales e insistir en la naturaleza amorfa del enemigo, Estados Unidos propuso un argumento justificativo para militarizar su relación con buena parte del mundo al hilo del despliegue de fuerzas especiales y de drones Predator para gestionar las bolsas de descontento existentes en los países pobres o de renta media, al igual que hacen en el ámbito doméstico las diversas agencias de orden público que patrullan las comunidades pobres. Al optar por la difusión de su poder militar a lo largo de las regiones esenciales del mundo en vías de desarrollo en lugar de concentrar la totalidad de sus recursos en un solo frente, Estados Unidos ha intentado asegurar que podría gestionar y contener las consecuencias globales de la fractura del orden económico objeto de su supervisión. Ello no suponía una solución

de la crisis en curso desde la década de 1970, pero constituía su mejor alternativa: una militarización más exhaustiva de las relaciones globales podría al menos permitir que Washington comprase tiempo, mientras esperaba a que se materializara la siguiente ola de crecimiento.

En el momento en que Trump accedió a la Casa Blanca habían aparecido dos desafíos en el horizonte, que no podían ser abordados en el marco de la guerra contra el terrorismo. El primero era Rusia, que no se había fortalecido enormemente en sí misma, pero si se había recuperado lo suficiente del desastre económico que siguió al colapso de la URSS. Putin percibió que Estados Unidos se había debilitado lo suficiente por mor de la combinación de la invasión de Iraq, la crisis financiera global y una situación general de sobreexposición militar como para que ello le permitiera mostrarse más contundente respecto a sus preocupaciones sobre la continua expansión de la OTAN hacia el este. El segundo desafío estaba constituido por China, que presentaba una amenaza más seria, porque ese país se había fortalecido extraordinariamente por sí mismo. Durante las primeras dos décadas del siglo XXI, entre los analistas convencionales se había aceptado generalmente que el PIB de la economía china sobrepasaría al estadounidense. Hoy, aunque China se enfrenta a graves problemas, el país continúa beneficiándose de la intensificación de las relaciones comerciales con el mundo emergente, mientras que las ventajas derivadas de su estructura de costes en la producción de bienes duraderos para el consumo, como sucede con los coches eléctricos, presentan un serio desafío para Estados Unidos, que se prolongará durante las próximas décadas. Esta no es una situación con la que los estadounidenses se hallen familiarizados, ya que Estados Unidos se ha jactado de ser la mayor economía del mundo desde finales del siglo XIX y ha sido el Estado-nación más poderoso del globo desde la Segunda Guerra Mundial. Ahora, por primera vez en generaciones, la supremacía estadounidense no se halla garantizada y de acuerdo con ciertos parámetros económicos ya ha concluido. Si ajustamos el PIB de acuerdo con el criterio de la paridad del poder de compra, el de China superó al de Estados Unidos en torno a 2016¹².

El «giro» estadounidense en pro de confrontar a China comenzó en serio con el envío por parte de Obama de un grupo de portaviones a la región y la creación del Trans-Pacific Partnership (Acuerdo Transpacífico de

¹² Véase Chris Giles, «Sorry America, China has a bigger economy than you», *Financial Times*, 6 de diciembre de 2023.

Cooperación Económica, TTP), el acuerdo comercial concebido para erosionar la influencia de China en la cuenca del Pacífico. El TTP se firmó en 2016, pero en 2017 Trump lo rescindió por razones personales idiosincrásicas, lo cual se convirtió en una de sus marcas distintivas. El asunto más importante que será recordado cuando se analice su política exterior será que esta no existió como tal. A lo largo de una dilatada carrera como promotor inmobiliario y una más corta en la política, Trump ha mostrado con toda claridad cuáles son sus motivaciones e intereses. Él se inclina a hacer todo aquello que le beneficie como individuo. Es adicto a la televisión y si cree que decir o hacer algo le acarreará atención mediática, lo dice o lo hace. Le gusta comprar y vender, lo cual le proporciona oportunidades para obtener el correspondiente mejor resultado posible. Su concepción del mundo es fundamentalmente transaccional. «Habita un mundo anterior a David Ricardo, si no a Adam Smith, en el que la riqueza se comprende como un pastel sobre el que las naciones compiten para apropiarse de un trozo», como escribió un columnista. «Si Estados Unidos luce un déficit por cuenta corriente con China, *ipso facto* está perdiendo [...]. No pierdas el tiempo indicándole los beneficios que Estados Unidos obtiene a cambio»¹³. Todo esto puede tacharse de cruda psicologización, pero hay individuos que tienen una psicología cruda. Convencido de que China estaba «choriceando» a Estados Unidos, Trump impuso aranceles a una amplia gama de productos chinos entre los que se contaban televisores, armas, satélites y baterías.

«Las guerras comerciales son buenas –tuiteo en una ocasión Trump– y son fáciles de ganar», lo cual no resultó ser cierto¹⁴. Como instrumento específico de política económica, los aranceles fueron un fracaso. Diversos informes estimaron que habían restado del PIB estadounidense en torno a medio punto y podrían haber costado a la economía del país aproximadamente 300.000 puestos de trabajo. En lugar de disminuir el déficit comercial total, los aranceles simplemente lo trasladaron de China a otras economías del este y del sudeste asiático¹⁵. Sin embargo, Biden decidió conservar el impulso general de la estrategia seguida por Trump hacia China, cuando accedió a la presidencia, completando el giro que había iniciado Obama y se había acelerado durante el mandato de su

¹³ Janan Ganesh, «How Europe should negotiate with Donald Trump», *Financial Times*, 20 de febrero de 2024.

¹⁴ «Trump tweets: “Trade wars are good, and easy to win”», *Reuters*, 2 de marzo de 2018.

¹⁵ Ryan Hass y Abraham Denmark, «More pain than gain: How the US-China trade war hurt America», *Brookings*, 7 de agosto de 2020.

sucesor. «Si analizamos lo que Trump ha hecho durante sus cuatro años de presidencia, constatamos que la proposición básica de la competencia estratégica con China ha sido correcta, así como lo ha sido también la necesidad de que nos comprometamos con la misma vigorosa y sistemáticamente de la mano de todos y cada uno de los instrumentos de nuestro gobierno y de nuestro poder», afirmó un funcionario de Biden a los periodistas en febrero de 2021¹⁶.

La competencia sino-estadounidense

La competencia que Biden ha vislumbrado con China se está desplegando en dos dimensiones. La primera es militar. Uno de los mayores éxitos diplomáticos de Biden se desveló en septiembre de 2021 bajo el nombre de AUKUS, el acuerdo trilateral de seguridad firmado entre Estados Unidos, Australia y el Reino Unido, que ahora baraja también la incorporación de Japón. Mediante el acuerdo de la compra de submarinos nucleares de Estados Unidos y el Reino Unido, tras la cancelación de los encargos efectuados previamente a Francia, Australia efectuó una apuesta a largo plazo por la supremacía estadounidense en el Indo-Pacífico. Los nuevos submarinos, cuya fecha de entrada en funcionamiento se calcula para 2040, podrían utilizarse para romper el bloqueo chino a Taiwán en el caso de un conflicto militar a gran escala, pudiendo ser utilizados igualmente para bloquear el Estrecho de Malaca y privar a China de sus importaciones de petróleo procedentes de Oriente Próximo. De acuerdo con la Defense Intelligence Agency estadounidense los recursos militares de China han mejorado durante los últimos años, que ha pasado de ser «una fuerza de tierra inflexible, cuyas responsabilidades securitarias consistían en asegurar la seguridad doméstica y periférica, a convertirse en un vector conjunto, tremendamente ágil, capaz de efectuar operaciones militares en el exterior y de proyectar la política exterior china»¹⁷. Durante la pasada década, Xi ha anunciado diversas reformas entre las que se cuentan el establecimiento de diversos comandos específicos para los distintos teatros de operaciones y la creación de un Departamento de Estado Mayor conjunto, la inauguración de un cuartel general para el Ejército de Tierra, la elevación del rango de la fuerza misilística del Ejército de Liberación Popular a la categoría de una de las ramas militares de este y la unificación de las

¹⁶ A. Ward, *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, cit., p. 42.

¹⁷ «China Military Power», Defense Intelligence Agency, 2018, p. v.

operaciones de guerra espacial e informática bajo el mando de la Fuerza de Soporte Estratégica.

China no confía en igualar la proyección global de la fuerza militar estadounidense, pero Washington cree que se halla en condiciones de comportarse en condiciones de paridad en su entorno geográfico más próximo, específicamente en la negación de acceso a su línea costera sudoriental, lo cual no constituye una ambición nimia, dado que Estados Unidos consideraría un desastre incluso la paridad militar regional con China. De ahí la urgencia subyacente de la venta de submarinos nucleares a Australia y de ahí también la decisión del gobierno de Biden de prohibir la transferencia de tecnología, especialmente los componentes de los semiconductores, y de las inversiones que permitirían que China adquiriese o desarrollase la capacidad técnica específica necesaria para completar la modernización de sus fuerzas armadas.

La segunda dimensión de la competencia sino-estadounidense es económica. Hasta la fecha, los resultados cosechados durante el mandato de Biden han sido ambiguos. En el activo del balance de Estados Unidos se cuenta el hecho de que los días en los que la eventual ascensión de China a la supremacía económica global se discutía como algo inevitable son cosa del pasado. Hoy el periodo transcurrido entre 1991 y 2018, durante el cual la economía china creció al ritmo más rápido registrado jamás en el mundo y cuya tasa anual de crecimiento del PIB nunca cayó por debajo del 6,75 por 100, se asemejan menos a la entrega de la antorcha de la hegemonía que a los *trente glorieuses* de Asia oriental¹⁸. Aunque China parece haberse asegurado su puesto como el principal centro mundial de producción de bienes de consumo, en estos momentos batalla con los mismos problemas de sobrecapacidad y sobreendeudamiento, particularmente en lo que atañe al sector inmobiliario, que han agobiado durante mucho tiempo al Norte global. El objetivo de crecimiento asignado por el Partido Comunista chino para 2024, el 5 por 100, es aproximadamente la mitad de la media económica china registrada durante los años buenos y no se espera que China logre crecer a una tasa de dos dígitos durante los próximos años. Los intentos efectuados por el país para abordar sus problemas de sobrecapacidad mediante su externalización vía la financiación de generosos proyectos de infraestructuras en la totalidad del mundo en vías de desarrollo también parece que están ahora alcanzando sus límites. Los países en vías de desarrollo

¹⁸ «China GDP Growth Rate 1961-2024», Mactrotrends.net.

deben actualmente a China más de 1 billón de dólares, habiendo concluido entretanto los periodos de gracia concedidos a los prestatarios antes de que debieran comenzar a reembolsar sus deudas. En 2021 casi sesenta países que se habían endeudado con China experimentaban dificultades financieras¹⁹.

Por otro lado, el nuevo papel de China como prestamista al mundo en vías de desarrollo ha sido muy eficaz desde el punto de vista diplomático. La iniciativa de la Franja y la Ruta, lanzada en 2013, ha logrado hasta la fecha un impresionante éxito. En junio de 2023, según recoge un informe del PCCh, «China había firmado más de doscientos acuerdos de cooperación ligados a esta iniciativa con más de ciento cincuenta países y con más de treinta organizaciones internacionales en los cinco continentes»²⁰. Han sido lanzados más de tres mil proyectos y se ha invertido más de un billón de dólares, entre cuyos frutos se incluyen entre otros la construcción de un ferrocarril por valor de 6 millardos de dólares que conecta Laos y China; el puerto central de El Hamdani, que es el primer puerto de aguas profundas de Argelia; un ferrocarril y un sistema de conducción de agua, que conecta Etiopía y Yibuti; una zona industrial china en el golfo de Suez; un centro productivo y logístico en las inmediaciones de Addis Abeba; un ferrocarril de ancho internacional entre Mombasa y Nairobi en Kenia; la provisión de televisión por satélite a los pueblos de Nigeria; el establecimiento de vías ferroviarias de carga, que conectan China con cuarenta y dos terminales europeas; la expansión significativa del puerto de Bakú en Azerbaiyán; diversas infraestructuras en Asia Central; la primera línea de alta velocidad construida en Indonesia; un aeropuerto y un puente en las Maldivas; y un tren lanzadera para transportar peregrinos a la Meca en Arabia Saudí. Esta lista no incluye las Américas donde la iniciativa de la Franja y la Ruta ha tenido también un impacto sustancial.

China es en la actualidad un impulsor fundamental de los flujos de capital globales y la enorme abundancia de su actividad crediticia ha convertido al país en la primera opción para los políticos del mundo en vías de desarrollo, que pretenden legar infraestructuras que queden ligadas a sus nombres. A ello también contribuye que los préstamos

¹⁹ «Developing countries owe China at least \$1.1 trillion—and the debts are due», CNN, 13 de noviembre de 2023.

²⁰ «Belt and Road celebrates decade of achievements with fresh commitments», State Council Information Office, 20 de octubre de 2023.

chinos traen aparejadas menos estipulaciones políticas que los ofrecidos por Estados Unidos. Como tuiteó Larry Summers en abril de 2023: «Alguien del mundo en vías de desarrollo me dijo: “Lo que conseguimos de China es un aeropuerto. Lo que obtuvimos de Estados Unidos es una conferencia”»²¹. En 2021 el gobierno de Biden decidió que había llegado el momento de ofrecer una alternativa a la iniciativa de la Franja y la Ruta y el G7 lanzó formalmente la iniciativa Build Back Better World o B3W, que constituye la contraparte de inversión internacional al programa de estímulo industrial doméstico de Biden. Prometiendo obtener fondos provenientes del sector privado destinados a los países de renta baja o media, el gobierno estadounidense afirmó que «el B3W catalizará conjuntamente miles de millones de dólares de inversión en infraestructuras [...] durante los próximos años». A finales de 2023, el compromiso estadounidense con el programa, que entretanto había sido rebautizado como Partnership for Global Infrastructure and Investment, ascendía a 30 millardos de dólares²².

Economía del desarrollo

Trump no hizo nada durante su mandato para contrarrestar la diplomacia crediticia de China. No se implicó personalmente en el desarrollo o la implementación de «Prosper Africa», la iniciativa estrella lanzada por su gobierno para el continente, cuyo impacto fue mínimo. El compromiso de más alto nivel asumido por el gobierno de Trump con África consistió en las diversas visitas de la primera dama Melania Trump, que habló sobre el cuidado maternal y hospitalario y promovió su campaña contra el acoso escolar. Con independencia de la buena voluntad de estas iniciativas, su impacto quedó arruinado sin duda por las prohibiciones decididas por Trump de viajar y las restricciones impuestas a los refugiados de los países de mayoría musulmana. Su observación más célebre sobre el continente sigue siendo su referencia a las naciones africanas como «países de mierda». Y en América Latina Trump hizo menos que nada. Trump puso la responsabilidad de los asuntos latinoamericanos en manos de un neoconservador impenitente como John Bolton, que llamó a Cuba, Venezuela y Nicaragua, la «troika de la tiranía», se jactó de que la Doctrina Monroe estaba viva y coleando e intentó prestar su

²¹ «Summers Warns US Is Getting “Lonely” as Other Powers Band Together», *Bloomberg*, 14 de abril de 2023.

²² Michael Lipin, «US Boosts Funds for Infrastructure Program for Developing Nations Above \$30 Billion», *Voice of America News*, 17 de octubre de 2023.

ayuda a un *coup d'état* en Venezuela. El propio Trump demonizó a los migrantes como violadores y traficantes de drogas siempre que se le presentó la ocasión y ayudó a que la región se unificará en su búsqueda de socios capaces de contrarrestar la influencia estadounidense. De los siete países que optaron por cortar sus lazos con Taipéi y establecer relaciones con Pekín –El Salvador, República Dominicana, Panamá, Burkina Faso, Kiribati, Islas Solomon y República Democrática de Santo Tomé y Príncipe– tres eran latinoamericanos.

Hasta la fecha Biden ha decepcionado también a los líderes africanos y latinoamericanos. Aunque Blinken llegó a viajar tres veces a África en diez meses, el planteamiento general del gobierno estadounidense respecto al continente ha consistido en tratarlo como poco más que un sujeto auxiliar en el conflicto entre las grandes potencias. Y en América Latina los políticos se han cansado de encontrar a Biden en «modo electoral», concediendo prioridad a las medidas securitarias para detener los flujos migratorios mientras dejaba de lado los esfuerzos relacionados con la integración económica o el desarrollo. En noviembre de 2023, cuando el gobierno estadounidense acogió una cumbre para discutir la cooperación económica y las reformas de las cadenas de suministros en las Américas, el antiguo embajador mexicano en China indicó que lo que estaba haciendo Estados Unidos era «simplemente poner la cruz en la casilla para decir que está haciendo algo por América Latina, que América Latina existe, para pretender que tienen un plan»²³.

Entretanto, los esfuerzos de Biden para endurecer la seguridad en las fronteras han sido entusiastas y sostenidos. Decidió no restaurar el derecho de asilo que Trump había eliminado durante la pandemia, declinó aminorar la crueldad de la Patrulla Fronteriza y rechazó derribar porción alguna del muro construido por su predecesor. Biden también ha expulsado a un elevado número de migrantes de Estados Unidos, incluidos casi cuatro mil haitianos tan solo en mayo de 2022. El Congreso bloqueó el paquete de «reformas» relacionadas con la inmigración de Biden en febrero de 2024, pero el proyecto representa no obstante un drástico bandazo a la derecha en los planes del Partido Demócrata para abordar el problema, prácticamente garantizando que el duro régimen de control de las migraciones avanzado por Obama servirá de modelo para el futuro.

²³ Ari Hawkins, «Biden confronts deep skepticism of us agenda in Latin America», *Politico*, 11 de marzo de 2023.

El retraso a la hora de crear una alternativa real a la iniciativa de la Franja y la Ruta disponible para América Latina, África y el resto del mundo en vías de desarrollo es difícil de comprender desde un punto de vista estratégico. «China no está intentando únicamente crear un orden mundial alternativo», le dijo un analista de gestión de activos al *Financial Times* en febrero. «Ello está sucediendo. Muchos en Occidente no logran evaluar el éxito que China está cosechando en el resto del mundo»²⁴. Se tiene la sensación de que al gobierno estadounidense le encantaría concentrar toda su atención en China, Rusia y el cambio climático, si el resto del mundo entrase en un estado de calma y dejara de provocar crisis cada tres meses. Esa es ciertamente la fuerza motriz de *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*. La retirada de Afganistán fue caótica y provocó una tormenta política en el país, que se prolongó durante meses, pero simplemente tenía que hacerse, porque poner fin a la guerra más larga en la que Estados Unidos ha estado implicado no podía posponerse más. De modo similar, Estados Unidos no decidió cuando Putin iba a invadir Ucrania, pero una vez que constató que la invasión era prácticamente cierta, el Departamento de Estado estaba moralmente obligado a dejar todo lo demás de lado y movilizar a los aliados europeos de Estados Unidos. A finales de 2022, sin embargo, Biden podía volver a ocuparse de los problemas fundamentales. «Todavía quedaban dos años para hacerlo», escribe Ward. Lo que había que hacer era China y el cambio climático.

El optimismo de Ward se antoja vacío. Tanto la competencia económica de Estados Unidos con China como el deseo de Biden de que Estados Unidos lidere la transición verde global se hallan trufados de contradicciones que en innumerables casos parecen insuperables. Ante todo, Estados Unidos ha identificado los semiconductores como el campo de batalla económico prioritario del siglo XXI. Trump hizo de los semiconductores una prioridad de la seguridad nacional, cuando añadió Huawei a la lista de compañías confeccionada por el gobierno estadounidense a las que se prohibía comprar chips construidos de acuerdo con diseños estadounidenses, mientras Biden, por su parte, ha ampliado la iniciativa de su predecesor, impidiendo totalmente el acceso al sector tecnológico chino a los semiconductores avanzados de diseño estadounidense. Sin embargo, las respectivas posiciones de Estados Unidos y China en el seno de la cadena de suministro global de semiconductores, invitan a

²⁴ James Kynge y Keith Fray, «China's plan to reshape world trade», *Financial Times*, 27 febrero de 2024.

pensar que esta estrategia fracasará. Las empresas estadounidenses diseñan los chips, pero estos son fabricados en Taiwán, Japón o Corea del Sur para ser después enviados a China donde son probados e instalados en productos como lavadoras, ordenadores y teléfonos móviles. Aunque los controles de las exportaciones aplicados por el gobierno estadounidense sobre los diseños de los semiconductores y otros componentes técnicos pretenden ralentizar el crecimiento de las empresas tecnológicas chinas, su impacto a largo plazo propiciará el cuadro opuesto al buscado: «Las potencias emergentes no se sientan a esperar cuando los Estados dominantes perturban su acceso a recursos fundamentales. Normalmente, responden subsidiando el desarrollo industrial, empujando a sus empresas hacia el extremo superior de las posiciones de valor de modo que sean autosuficientes». Por otro lado, «la estructura de las cadenas de valor de los semiconductores dificulta que la potencia dominante logre coaccionar a la potencia emergente sin desencadenar la resistencia de sus empresas nacionales, al tiempo que facilita que esta última mejore su infraestructura económica como respuesta»²⁵. Esto es exactamente lo que está ocurriendo ahora: China está invirtiendo enormes sumas de dinero en el desarrollo de la industria de semiconductores doméstica, mientras los idénticos esfuerzos realizados por Estados Unidos parece que están fracasando, ya que las empresas estadounidenses siguen enviando sus diseños a China aprovechando «lagunas, terceras partes y compañías pantalla». Para el gobierno de Biden, que todavía está intentando verificar si ha ganado su lucha contra la inflación, la idea de reprimir más severamente a las compañías que recurren a estas lagunas presenta un conjunto específico de complicaciones políticas.

Objetivos y resultados

Con respecto al cambio climático las contradicciones son todavía difíciles de arrostrar. Por definición, este no es un problema que pueda abordarse mediante la competencia entre los Estados-nación existentes, porque lo que se requiere es coordinación y cooperación a escala global para descarbonizar la producción tan rápido como sea posible. Por el contrario, el gobierno de Biden está desperdiciando tiempo intentando promover determinadas empresas nacionales, que son claramente inferiores a sus homólogas internacionales, retrasando así todavía más el esfuerzo de descarbonización necesario, cuyo retardo ya es manifiesto y desesperante.

²⁵ Miles Evers, «Why the United States Is Losing the Tech War with China», *Lawfare Media*, 14 de enero de 2024.

Por poner solo un ejemplo baste indicar que el fabricante chino de automóviles BYD produce actualmente los coches eléctricos más asequibles del mundo, contando con seis de sus modelos entre los diez más vendidos²⁶. Si bien la electrificación de la totalidad de los vehículos de pasajeros constituye en sí misma una respuesta pobre a la crisis climática, es no obstante importante poner fin a la producción de automóviles dotados de motor de combustión lo más rápido posible. La velocidad es un factor crucial en este caso; no tenemos tiempo para que Estados Unidos invierta décadas en romper las piernas a los fabricantes de automóviles chinos y reestablezca los galones de Detroit de modo que el país pueda «ganar» la transición verde. Pero dado que los fabricantes de automóviles estadounidenses, que están incrementado con enorme dificultad la producción de coches eléctricos, no pueden siquiera comenzar a competir con BYD en cuanto a precios, el gobierno de Biden está señalando ahora los vehículos de esta empresa como una amenaza a la seguridad por el riesgo de que sus ordenadores a bordo puedan enviar «datos sensibles» a China. «Las políticas de China podrían inundar nuestros mercados con sus vehículos, planteando un riesgo a nuestra seguridad nacional», afirmó Biden. «No voy a permitir que ello suceda delante de mis ojos»²⁷. Biden ha ordenado a su secretario de Comercio, que abra una investigación formal sobre BYD. Entretanto, la *Inflation Reduction Act* (2022), presentada por la Casa Blanca como el mayor paquete de políticas verdes de la historia, no asigna ni un dólar de inversión al transporte público en Estados Unidos, donde el transporte produce casi un tercio del total de emisiones de carbono. La *Inflation Reduction Act* también exige que todo nuevo proyecto solar o eólico construido sobre suelo público sea acompañado por una superficie de hectáreas equivalente dispuesta al arrendamiento para proceder a perforar nuevos pozos de extracción de petróleo o gas, lo cual constituye una política suicida sin la cual el proyecto jamás habría logrado la aprobación del Congreso.

Por otro lado, los diversos esfuerzos hechos por Biden para rejuvenecer la alianza transatlántica han colisionado frecuentemente entre sí. Aunque los envíos de armas y de otros equipos militares efectuados por la OTAN a Ucrania, que comenzaron en 2015 y se incrementaron espectacularmente tras la invasión rusa de febrero de 2022, ayudaron a

²⁶ «Best-selling plug-in electric vehicle models worldwide in 2023», *Statista*, 4 de marzo de 2024.

²⁷ «Statement from President Biden on Addressing National Security Risks to the US Auto Industry», The White House, 29 de febrero de 2024.

transformar lo que de otro modo habría sido una rápida victoria de Rusia en una agotadora y penosa guerra, la prolongación de este conflicto en una situación de punto muerto está en estos momentos erosionando la solidaridad paneuropea. Las sanciones impuestas contra Rusia, incluida la destrucción del Nord Stream 2 y la prohibición de adquirir combustibles fósiles rusos, han sido especialmente costosas para Alemania. La mayor economía europea se contrajo en 2023, mientras la debilidad económica alemana está provocando en estos momentos el estancamiento de Europa Oriental. De la mano de un renovado flujo de migrantes, que incluye más de un millón de refugiados ucranianos, este estancamiento ha estimulado las perspectivas políticas de la extrema derecha, que ha permitido a Alternative für Deutschland (AfD) la conquista del segundo puesto en las elecciones de junio de 2023. El apoyo cosechado por AfD ha retrocedido ligeramente tras las multitudinarias protestas contra esta fuerza política registradas en diciembre de ese mismo año, pero las consecuencias contradictorias del apoyo europeo a Ucrania continuarán corroyendo la política alemana hasta que algún tipo de negociación y acuerdo ponga fin a la guerra. La expansión de la OTAN decidida por Biden fue publicitada como un modo de contener a la autocracia global, pero hasta la fecha ha tenido el efecto inesperado de llevar a la extrema derecha alemana hasta el 20 por 100 del voto nacional.

Si evaluamos retrospectivamente los primeros dos años y medio del mandato de Biden, constatamos que toda una serie de iniciativas de su política exterior no parecen estar alcanzando sus supuestos objetivos y en determinados casos ni siquiera están aproximándose a ellos: una confrontación con China que está complicando las cosas en vez de facilitarlas a las empresas estadounidenses, una política industrial verde que está sacrificando la velocidad de la descarbonización en el altar del chovinismo económico de «*America first*», un conjunto de restricciones migratorias que no contribuye en absoluto a abordar las causas primordiales de los flujos migratorios y una guerra librada en Europa contra la «autocracia», que está proporcionando un poderoso estímulo electoral a la extrema derecha europea. Por un instante, podría haber sido posible que tras haber manibrado la retirada de Afganistán y absorbido el choque inicial de la invasión de Putin, el gobierno de Biden se hubiera colocado en una senda de progreso más sostenible, escenario que se disipó totalmente el 7 de octubre de 2023, momento en el que se saltó la ilusión de que el imperio estadounidense todavía pudiera gestionar el sistema mundial apelando a algo que se aproximara remotamente al consentimiento internacional.

Oriente Próximo

The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump contiene una única discusión sobre Israel y Palestina referida a la violencia que estalló en Jerusalén Este después de que los soldados israelíes asaltaran la mezquita de Al Aqsa en mayo de 2021. Todo lo que Ward escribe sobre la respuesta del gobierno de Biden a este episodio puede leerse de modo siniestro a la luz de lo sucedido tras la operación del 7 de octubre de 2023 y la posterior campaña de castigo colectivo lanzada por Israel, que muchos observadores, incluido la Relatora Especial de Naciones Unidas para los Territorios Palestinos Ocupados, han sostenidos que equivale a un genocidio. Una y otra vez los funcionarios de Biden han expresado la opinión de que el conflicto palestino-israelí es algo que no deberían abordar. «El gobierno no quiere quedar atrapado en Oriente Próximo», escribe Ward. «Existen mayores problemas que resolver [...]. La opinión imperante entre los asesores del presidente era que *esto también pasará*». «No vamos a implicarnos realmente en Israel-Palestina», le comentó a Ward una fuente próxima al presidente. «Vamos a dejar de preocuparnos por esto», afirmó otra²⁸. Ward reconoce que Biden fue lento a la hora de dar una respuesta coherente a la crisis de mayo de 2021, pero no cuestiona la estrategia general de otorgar a Israel y Palestina «una prioridad baja» a fin de concentrarse con mayor energía en Rusia, China y el cambio climático. Esta idea, la noción de que Estados Unidos podía simplemente optar por no «implicarse» o verse «atrapado» en las acciones de su Estado cliente más importante, fue desmentida como una pura ilusión por los acontecimientos del 7 de octubre de 2023.

Cuando los funcionarios de Biden afirmaban que no querían empantañarse en Israel, querían decir en realidad que aprobaban el plan de su predecesor para la región y que confiaban en seguir con su implementación. Como escribió Oliver Eagleton en *Sidecar/El Salto*, desde 2016 Estados Unidos ha perseguido el objetivo de reemplazar «la intervención directa por la supervisión a distancia», objetivo que requiere «un acuerdo de seguridad capaz de fortalecer a los regímenes amigos y de constreñir la influencia de los discrepantes»²⁹. A tenor de los Acuerdos

²⁸ A. Ward, *The Internationalists: The Fight to Restore American Foreign Policy after Trump*, cit., pp. 97, 88, 92, 90.

²⁹ Oliver Eagleton, «Diseños imperiales: Estados Unidos en Gaza», *Sidecar/El Salto*, 7 de noviembre de 2023.

de Abraham, firmados en 2020, Baréin y los Emiratos Árabes Unidos normalizaron sus relaciones con Israel y comenzaron a recibir cuantiosos envíos de armas procedentes de Estados Unidos. Tres años antes, Washington había trasladado su embajada de Tel Aviv a Jerusalén y reconocido formalmente la ciudad como la capital de Israel. La decisión ofendió a la ONU y catorce de los quince miembros del Consejo de Seguridad apoyaron la moción que condenó esta iniciativa. El secretario de Estado Rex Tillerson dijo que la decisión «no indicaba estatuto final alguno para Jerusalén», que las dos partes deberían negociar y decidir», pero se trataba del tipo de mentira que ni siquiera pretendía ser convincente³⁰. La decisión indicaba un curso de acción que preveía claramente que Estados Unidos podría desentenderse del asunto ignorando a los palestinos y la ocupación totalmente, mientras establecía alianzas con los Estados reaccionarios de la región. La estrategia oficial de Estados Unidos para Oriente Próximo asumía, por consiguiente, que la ocupación continuaría indefinidamente.

Biden decidió atenerse al plan de Trump. Aunque tachó la decisión de mover la embajada a Jerusalén de «estrecha de miras y frívola», Biden afirmó, incluso como candidato, que no trasladaría de nuevo a los diplomáticos estadounidenses a Tel Aviv, mientras la promesa subsiguiente de abrir un consulado para la población palestina en Jerusalén Este no se ha cumplido hasta la fecha. En lugar de ello, el Departamento de Estado de Biden ha trabajado para incorporar a Arabia Saudí a los Acuerdos de Abraham, aunque no ha hecho nada para avanzar en la propuesta de la «solución de los dos Estados» para la que el presidente estadounidense aun demanda apoyo. Parecería que Frederick Kagan y otros neoconservadores de principios de este siglo estuvieran susurrando en el oído de Sullivan cuando este expuso su estrategia para Oriente Próximo. En *Present Dangers: Crisis and Opportunity in American Foreign and Defense Policy* (2000) Kagan había discutido la importancia de mantener «un doble estándar», esto es, una capacidad militar lo suficientemente grande y poderosa como para ser capaz de combatir al mismo tiempo sendas guerras a gran escala contra dos potencias regionales. Biden, llegado al poder en 2021, no albergaría duda alguna sobre quiénes son estas dos potencias: Rusia y China, lo cual significaba que la supervisión militar directa de Oriente Próximo no estaba encima de la mesa en el futuro inmediato. Por el contrario, el Departamento de Estado aseguraría que

³⁰ Carol Morell, «US Embassy's move to Jerusalem should take at least two years, Tillerson says», *The Washington Post*, 8 de diciembre de 2017.

las potencias reaccionarias de la región serían armadas hasta los dientes y que los palestinos serían abandonados a su propia suerte.

La incorporación de Arabia Saudí a los Acuerdos de Abraham habría condenado con toda probabilidad al pueblo palestino a décadas de continuada ocupación y es plausible creer que Hamas lanzó la operación Al Aqsa Flood en parte para detener en seco ese proceso. No cabe duda que Estados Unidos, como el propio Israel, fue cogido totalmente desprevenido el 7 de octubre de 2023. La noción de una agencia política por parte de los palestinos no desempeñaba papel alguno en el diseño de la estrategia global del Departamento de Estado, constituyendo un punto ciego ilustrado de modo paradigmático por lo que Jake Sullivan escribió en un artículo publicado en *Foreign Affairs* el 2 de octubre de 2023: «Aunque Oriente Próximo sigue asediado por desafíos que persisten en el tiempo, la región se halla más calmada de lo que lo ha estado durante décadas»³¹. Desde entonces, un gobierno que llegó al poder prometiendo liderar la defensa del humanismo democrático a escala mundial ha arrojado todo el peso de su poder diplomático y de su sector industrial militar para apoyar a un gobierno derechista que está ejecutando una de las campañas de castigo colectivo más brutales de la historia. Biden ha vetado diversas resoluciones de Naciones Unidas que exigían el alto el fuego en Gaza, Blinken ha calificado la demanda presentada por Sudáfrica ante el Tribunal Internacional de Justicia de «infundada» y el portavoz del Departamento de Defensa John Kirby ha afirmado repetidamente que Estados Unidos no impondrá ninguna línea roja al comportamiento de Israel en Gaza, conducta que ha acarreado entre otras cosas la matanza masiva de personas agolpadas en filas para recibir ayuda alimentaria.

Gaza vs hegemonía

Desde un punto de vista estratégico, el apoyo nervioso y aprehensivo del gobierno de Biden a Israel y Netanyahu no es difícil de comprender. Estados Unidos contempla a Israel como el valedor primordial de su control sobre Oriente Próximo, no únicamente a pesar de su beligerancia, sino precisamente por el despliegue de la misma. Si Estados Unidos embridara a Israel de un modo contundente, si Biden redujese o concluyese el envío de armas a Netanyahu o si el Departamento de Estado le exigiese que efectuase las concesiones necesarias para establecer un

³¹ Jake Sullivan, «The Sources of American Power: A Foreign Policy for a Changed World», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2023.

Estado palestino, ello significaría el abandono por parte de la potencia estadounidense de la lógica política represiva, que subyace a su aproximación integral a la región. Israel es el perro ladrador y mordedor que amenaza a Irán y a otras potencias antiestadounidenses ubicadas en el Golfo y Estados Unidos únicamente puede atarle corto, lo cual hace de modo muy laxo, en la medida que ello no anule los beneficios de la disuasión provocada por la agresión israelí.

Sin embargo, el respaldo concedido por Biden a la guerra de Netanyahu puede estar ahora llevando los costes del apoyo de Estados Unidos a Israel más allá de lo que la hegemonía estadounidense se halla en condiciones de soportar. La guerra ha hecho la ampliación de los Acuerdos de Abraham mucho más difícil: las negociaciones se congelaron después del 7 de octubre de 2023 y aunque Arabia Saudí todavía desea claramente la «normalización» de sus relaciones con Israel, en estos momentos ha vuelto a su posición de que ello dependerá de la resolución real del conflicto palestino-israelí en lugar de sentirse satisfecha con signos elusivos de «progresos» hacia la misma³². Aunque Israel se mostrara de acuerdo con los términos impuestos por los saudíes y cooperase en el establecimiento de un Estado palestino, lo cual es improbable incluso después de que Netanyahu abandone el cargo de primer ministro, la guerra ha cristalizado un odio popular contra Israel en toda la región, que durará al menos una generación, hecho que dificulta que los autócratas de la misma logren equilibrar lo que exige Estados Unidos a cambio de armas y de las habituales garantías de seguridad y lo que sus propias poblaciones están dispuestas a tolerar. Por otro lado, el compromiso intenso y sostenido de Estados Unidos con el establecimiento de un Estado palestino exigirá retrasar todavía más la fecha en la que la potencia estadounidense pueda otorgar a Oriente Próximo una prioridad baja. Sin la existencia de un compromiso diplomático sólido y dedicado por parte de Estados Unidos, las consecuencias regionales de la guerra de Israel es probable que se expandan e intensifiquen de modos impredecibles.

Los tensos esfuerzos efectuados por Estados Unidos para ignorar los innumerables crímenes de guerra cometidos por Israel desde el 7 de octubre de 2023 están imponiendo por derecho propio enormes costes tanto en el ámbito doméstico como en el ámbito internacional. Toda pretensión que Biden pudiera albergar de reconstruir el liderazgo

³² «After October 7th, Is Saudi–Israeli Normalization Just a Mirage?», Soufan Center, 14 de febrero de 2024.

moral de Occidente al hilo de su oposición a Rusia ha quedado destrozada, mientras buena parte del Sur global contempla a Estados Unidos con desprecio. No hay iniciativa que Estados Unidos pueda tomar en defensa de Ucrania capaz de compensar la repetición hueca y cansina de los políticos estadounidenses de que «Israel tiene derecho a defenderse», mientras las pantallas de los teléfonos móviles están repletas de vídeos en los que los soldados de las Fuerzas de Defensa Israelí bailan y celebran cuando reducen a escombros otra universidad palestina. Los esfuerzos de Biden por trazar un paralelismo entre el ataque de Rusia y el ataque de Hamas el pasado 7 de octubre incitan a la risa. Nueve países han suspendido o cortado relaciones diplomáticas con Israel a causa de la guerra y un diplomático africano dijo a los periodistas que el veto estadounidense a la resolución de alto el fuego de Naciones Unidas «nos ha dicho que las vidas ucranianas son más valiosas que las vidas de la población palestina». «Hemos perdido definitivamente la batalla en el Sur global», afirmó un diplomático del G7. «Olvidémonos de las reglas, olvidémonos del orden mundial. Ellos no nos volverán a escuchar jamás»³³.

Puede haber un toque de bienintencionado melodrama en las declaraciones ahora mismo recogidas. Seguramente *alguien* escuchará a Estados Unidos de nuevo, dado el correspondiente acuerdo comercial en ciernes o el paquete de armas pendiente de adquisición o de envío. No obstante, la guerra de Israel en Gaza parece indicar un punto de inflexión también para la política doméstica estadounidense. Han transcurrido muchos años desde que una división tan profunda se manifestó entre la opinión pública y los representantes electos sobre un asunto de tal importancia. En Washington la Cámara de Representantes aprobó el pasado mes de diciembre una resolución que declaraba que el antisionismo es una forma de antisemitismo, contándose tan solo unos pocos congresistas dispuestos a hablar en favor de la paz, que fueron tratados del mismo modo que lo fue Barbara Lee tras su discurso de oposición a la aprobación conjunta por el Congreso estadounidense de la Authorization for Use of Military Force el 14 de septiembre de 2001. Entretanto, una clara mayoría de estadounidenses, incluida más de la mitad de los Republicanos, apoya un alto el fuego permanente. Las protestas se han producido por todo el país y los activistas han logrado convencer exitosamente a una parte considerable de los votantes demócratas de escribir en sus papeletas para las primarias «sin contar con mi compromiso». La campaña

³³ Henry Foy, «Rush by west to back Israel erodes developing countries' support for Ukraine», *Financial Times*, 18 de octubre de 2023.

de reelección de Biden ya apuntaba a ser un asunto espinoso, dadas sus recientes dificultades a la hora de gestionar las ruedas de prensa y otros eventos públicos no programados «para no causarle dificultades». Ahora ello va a resultar más complicado, porque innumerables jóvenes votantes, gente que debería formar parte de las bases del Partido Demócrata, parece decidida a perturbar tantos eventos de campaña como sea posible. Biden no parece contar con un plan para apaciguar a estos votantes. Informado en una reunión de enero de 2024 de que sus números en las encuestas estaban cayendo en Michigan y Georgia como resultado de su apoyo a Israel, Biden «comenzó a gritar y a jurar»³⁴.

De tapas en Washington

En cuanto a la prensa estadounidense, inicialmente intentó describir la guerra de Israel contra Gaza como un teatro moral estándar de política exterior en el que Hamás era presentado como una horda de bárbaros apolíticos escurriéndose por su cobarde sistema de túneles, mientras los valientes israelíes luchaban una vez más para defenderse de un antisemitismo transhistórico. Medios como *The New York Times* presentaron de modo abrumador el relato de la guerra confeccionado por Israel, citando más a menudo fuentes israelíes que palestinas, evitando la voz activa cuando el periódico describía como morían los palestinos y prestando más atención al antisemitismo que a la violencia e intolerancia dirigidas contra árabes y musulmanes (ha habido mucha más de esta última en Estados Unidos desde el 7 de octubre). En un incidente ahora célebre *The New York Times* encargó a dos *freelancers* inexpertos, uno de ellos un recién graduado que fundamentalmente escribía sobre comida, que reelaboraran como periodismo de investigación la propaganda israelí sobre la supuesta campaña de violencia sexual perpetrada por Hamas el 7 de octubre.

A medida que la guerra progresaba, sin embargo, y cuando fue evidente que Israel no tenía otra perspectiva estratégica que destruir Gaza lo máximo posible, la eficacia política de estos medios de comunicación ha decrecido. ¿Cómo podemos creer el viejo estribillo que afirma que las Fuerzas de Defensa de Israel son el ejército más moral del mundo, cuando cada semana nos entrega nuevas fotografías de soldados israelíes que gritan y se carcajean como crámulas cada vez que soban la ropa interior que se encuentran en los hogares palestinos? ¿Cómo se puede

³⁴ «Behind the scenes, Biden has grown angry and anxious about re-election effort», *NBC News*, 17 de marzo de 2024.

tomar en serio la idea de que el antisemitismo inunda las calles de Estados Unidos, cuando grupos como Jewish Voice for Peace, la organización antisionista de izquierda, ha estado a la cabeza de las recientes protestas y el American Israel Public Affairs Committee (AIPAC) ha admitido que cuenta como un incidente antisemita cada una de las protestas propalestinas? Debe ser frustrante para el Departamento de Estado que Netanyahu y los israelíes se muestren tan reticentes a efectuar siquiera un esfuerzo contenido para retratar su guerra como una defensa solemne y restringida de una nación asediada. Por el contrario, la guerra aparece en las pantallas de las televisiones, los ordenadores y los teléfonos móviles estadounidenses como una orgía de violencia, como una campaña vengativa de limpieza étnica, que llena de satisfacción a quienes la perpetran precisamente por su carácter innecesario.

Biden y la prensa han efectuado ligeros ajustes en sus tácticas durante los últimos meses. En primer lugar, en vez de retratar únicamente la guerra de Israel como algo que no es (una lucha comedida y heroica contra la psicosis antisemita), los medios de comunicación estadounidenses comenzaron a reconocerla como una trágica situación mientras intentaban eludir el problema de quién es el responsable de la tragedia. Los portavoces del gobierno de Biden han concedido que los civiles palestinos se hallaban en una situación desesperada, que «demasiadas mujeres y niños habían muerto, que el hambre en Gaza se había convertido en un serio problema y que la violencia de los colonos en Cisjordania era preocupante. Estos portavoces han afirmado igualmente que por su parte deseaban que Israel combatiera su guerra de un modo ligeramente diferente, pero recordaban a sus periodistas que este país es una nación soberana, ignorando el hecho de que las décadas de beligerancia practicada por Israel únicamente han sido posibles por la generosidad militar estadounidense. Durante este periodo, Biden pareció que en gran medida estaba jugando con el tiempo, confiando en que la furia israelí se agotara oportunamente por sí misma para no pesar demasiado en sus perspectivas de reelección de noviembre.

Entonces, el 2 de abril, Israel lanzó los consabidos ataques aéreos contra un convoy gestionado por World Central Kitchen, una organización caritativa fundada por celeberrimo *chef* José Andrés, que acabaron con la vida de siete de sus trabajadores. Además de un palestino, entre los muertos se contaban tres británicos, un australiano, un polaco y un ciudadano canado-estadounidense. La condena de Washington y de las

capitales europeas fue rápida y contundente. Treinta y siete congresistas del Partido Demócrata, incluida la superleal a Biden Nancy Pelosi, escribieron una carta al presidente en la que le urgían a que suspendiese el envío de armas estadounidenses a Israel. Por primera vez desde el 7 de octubre, Netanyahu se encontró acorralado y obligado a pedir perdón por la conducta del ejército israelí, asegurando al mundo entero que «lamentaba profundamente el trágico incidente», lo cual acarreó la suspensión de dos oficiales y la amonestación de otros tres.

Como escribió con descarnada franqueza Edward Luce en el *Financial Times*, «El último incidente ha afectado a Jon Biden de un modo que no lo han hecho los precedentes»:

Dicho en pocas palabras, Andrés es una celebridad en Washington. Fue uno de los pioneros de los restaurantes de alta calidad en la capital a principios de la década de 1990, ciudad que tenía una bien merecida reputación por su comida descuidada. El restaurante *Jaleo* abierto por Andrés en Washington introdujo las tapas en la capital estadounidense y su restaurante *Minibar* fue uno de los primeros en hacerse merecedor de dos estrellas Michelin. Entre otras personalidades, Nancy Pelosi, la antigua presidenta de la Cámara de Representantes, ha propuesto su candidatura al Premio Nobel de la Paz³⁵.

El hecho de que Biden únicamente fuera movido a la piedad por un crimen de guerra, que afectaba personalmente al hombre que introdujo las tapas en Washington es más que significativo de la bancarrota moral de su gobierno. Igualmente perturbadores son los indicios de que él confía en hacer recaer las culpas por las atrocidades cometidas por Israel únicamente sobre Netanyahu, sin que ello suponga que el apoyo estadounidense al proyecto sionista experimente la más mínima modificación. Pero Netanyahu es la perfecta representación del proyecto sionista, no una aberración trágica o psicótica del mismo. Como informó *The New York Times* el pasado mes de febrero, más del 80 por 100 de la población israelí todavía creía que las Fuerzas de Defensa de Israel estaban «utilizando la fuerza adecuada o una fuerza escasa en Gaza, mientras que el 88 por 100 de los israelíes judíos creía que «el número de palestinos muertos o heridos en Gaza se hallaba justificado»³⁶. Biden no está dispuesto a reconocer –y mucho menos a confrontar– el grado en que la

³⁵ Edward Luce, «Israel's José Andrés problem», *Financial Times*, 5 de abril de 2024.

³⁶ Steven Erlanger, «Israelis, Newly Vulnerable, Remain Traumatized and Mistrustful», *The New York Times*, 17 de febrero de 2004.

guerra de Israel contra Gaza constituye una auténtica expresión de los deseos manifiestos y mayoritarios de la sociedad israelí.

«Liderazgo global»

Imaginemos que en el mundo ideal de Washington, los israelíes finalmente ponen de patitas en la calle a Netanyahu y lo expulsan del gobierno, reemplazándolo por alguien cuyo nombre y cuya imagen resultan desconocidos. Aunque este nuevo presidente del gobierno israelí y cada uno de sus miembros compartirán la política seguida por Netanyahu, todos ellos constituirán un enigma para la mayoría de los estadounidenses, lo cual hará posible que Blinken y Sullivan proyecten sobre ellos sus fantasías sobre el tipo de líder que Israel *debería* tener. Estados Unidos describirá al nuevo primer ministro israelí como un pragmático, como un reformista, como alguien cuyo compromiso con la defensa de Israel sigue siendo inquebrantable, pero que al mismo tiempo lamenta determinados excesos de su predecesor, mientras reconoce que la importancia de al menos mostrar en público una preocupación elemental por los civiles palestinos. El gobierno israelí hará gestos diplomáticos conciliatorios hacia Arabia Saudí, Egipto y otros regímenes reaccionarios de la región y aunque no se le exigirá que dé pasos concretos en pro de la creación de un Estado palestino, no mostrará un desprecio total por la idea. Este nuevo gobierno israelí dejará de atizar la indignación popular a escala global. El nuevo líder será una figura a quien los Demócratas podrán señalar, cuando expliquen por qué el apoyo continuado a Israel sigue siendo vital para los intereses nacionales estadounidenses, lo cual les permitirá comprar tiempo para Estados Unidos a fin de que supervise un acuerdo negociado, que reafirme la ocupación permanente de Palestina sin tener que llamarla tal. Se trata de una visión desesperante y desesperada para los próximos años. Si este escenario se materializara, Biden lo tildará de éxito histórico, que reafirma la importancia del liderazgo global de Estados Unidos.

No debemos excluir que Biden se salga con la suya. La guerra ha dañado de modo permanente su prestigio ante las comunidades árabes y musulmanas estadounidenses, particularmente en estados como Michigan y Minnesota, pero todavía sigue siendo cierto que su oponente es un hombre que concluyó su primer mandato como el presidente menos popular de la historia del país. Trump es fundamentalmente un estafador de medio pelo convertido en un estafador con pretensiones y es

obvio que uno sus motivos primordiales de la actual campaña presidencial es lograr no entrar en la cárcel. Los estadounidenses albergan pocos deseos de revivir la atmósfera caótica de su primer mandato. Acumulan también décadas de experiencia en desconectar de la violencia exterior y si Biden es capaz de extraer unas cuantas concesiones del gobierno israelí a mediados de este año, su campaña puede estar en condiciones de persuadir a algunos indecisos de que él ha hecho un esfuerzo de buena fe para aliviar el sufrimiento de los civiles palestinos.

Aunque Biden arañe una victoria este otoño, sin embargo, el sueño del rejuvenecimiento de la hegemonía estadounidense en el siglo XXI presenta todavía muchos problemas. En primer lugar, hay poca evidencia de que Biden haya comenzado a sentar los fundamentos para asegurar una mayoría duradera capaz de mantener al Partido Demócrata en el poder durante varios ciclos electorales, lo cual hace improbable que el país vaya a conocer respiro alguno respecto de las dinámicas políticas convulsas, que han militado contra la implementación de un conjunto de políticas estratégicas a más largo plazo durante la década pasada. Y lo que es más relevante, el primer pilar de la estrategia geopolítica del gobierno de Biden, «una política exterior para la clase media», que equivale en la práctica a un keynesianismo verde-militar proteccionista dirigido contra China, se ha visto cercenado fundamentalmente por las consecuencias derivadas de la prosecución del segundo pilar de esta política exterior, esto es, el enfrentamiento de las democracias contras las autocracias. La guerra ruso-ucraniana ha intensificado el repunte inflacionario a escala global y lo ha hecho también en Estados Unidos. Incluso en un momento de niveles de desempleo históricamente bajos y de un fuerte crecimiento de los salarios (al menos en comparación con la historia reciente), los estadounidenses se han sentido indignados ante niveles de inflación no vistos en décadas y sus opiniones sobre la gestión de la economía por parte de Biden son particularmente negativas. Si el presidente es capaz de cambiar la percepción de la opinión pública a este respecto, ahora que la inflación ha amainado, está por ver, pero buena parte del daño político ya está hecho y el tiempo vuela.

Biden no prometió únicamente garantizar que la economía estadounidense seguiría siendo la mayor economía del mundo o que el ejército estadounidense seguiría siendo el más fuerte. Biden prometió lo que Giovanni Arrighi afirmó en *El largo siglo XX* (1994) que una potencia hegemónica debía ser capaz de hacer. «El poder hegemónico –escribió

Arrighi— es el poder asociado con la dominación expandido por el despliegue del “liderazgo moral e intelectual”». Lo que distingue a una potencia hegemónica de sus competidores es que únicamente esta puede afirmar *plausiblemente* que está promoviendo los intereses globales y no tan solo los suyos propios. «La pretensión del grupo dominante de representar el interés general es siempre más o menos fraudulenta», escribe Arrighi. «Sin embargo, [...] hablaremos de hegemonía únicamente cuando la pretensión es parcialmente cierta y añade algo al poder del grupo dominante»³⁷.

La hegemonía estadounidense sigue viva en Europa donde en estos momentos los dóciles aliados de la OTAN continúan apresurándose en su carrera por vaciar los servicios y las políticas sociales para comprar armas estadounidenses. Y Estados Unidos puede ser capaz de retener el dominio económico en sentido relativo, aunque nunca logre revertir la desaceleración del crecimiento global, en la medida en que su poder económico se debilite menos que el de sus rivales. Pero después de Gaza Estados Unidos ya no está en condiciones de reclamar por más tiempo y de modo creíble la «hegemonía» global en el sentido atribuido al término por Arrighi. El apoyo de Biden a Israel, motivado tanto por razones estratégicas como por lo que parece ser una incapacidad real por su parte para considerar a los palestinos verdaderamente como seres humanos, contradice absolutamente tanto a la opinión pública estadounidense como a la opinión pública mundial. Europa puede mostrarse sumisa a Estados Unidos durante un tiempo, pero en el resto del mundo la continuación de la supremacía de Estados Unidos se basará fundamentalmente en la coerción. Arrighi consideraba la catástrofe de la invasión estadounidense de Iraq como el punto de inflexión. «La descomposición del Project for a New American Century neoconservador —escribió— ha provocado a todos los efectos la crisis terminal de la hegemonía estadounidense, esto es, su transformación en mera dominación»³⁸. Si es cierto que Iraq marcó el momento en que la hegemonía estadounidense mutó en dominación, entonces quizá Gaza señala el momento en que los estadounidenses finalmente se han dado cuenta de ello.

³⁷ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, Londres y Nueva York, 1994, pp. 29-30; ed. cast. *El largo siglo XX*, Madrid, 2000.

³⁸ *Ibid.*, p. 379

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net